

Yo y mis historias

Amanda Cerdio



Escrito por
Amanda Cerdio

Capítulo 1

Capítulo I

Historia corta de terror.

En un tranquilo estanque, bajo la luz de la luna, un pato solitario nadaba sin rumbo. El silencio de la noche era absoluto, roto solo por el suave chapoteo de sus patas. De repente, una figura encapuchada emergió de la niebla que se cernía sobre el agua. Era la Muerte, que venía a reclamar el alma del pato. El pato, al ver a la sombría figura, intentó huir, pero la Muerte era implacable. "¿Por qué me buscas a mí?", graznó el pato, su voz temblorosa resonando en la quietud. "Todos tienen su momento", susurró la Muerte, su voz tan fría como el hielo. "Pero te concederé una oportunidad. Si puedes resolver mi acertijo, te dejaré vivir una noche más." El pato asintió, desesperado por cualquier esperanza. La Muerte pronunció su acertijo: "Camino sin piernas, vuelo sin alas, lloro sin ojos. ¿Qué soy?" El pato pensó y pensó, y justo cuando la Muerte extendía su mano hacia él, el pato exclamó: "¡La nube!" La Muerte se detuvo, sorprendida por la respuesta correcta. "Muy bien", dijo, y se desvaneció en la bruma, dejando al pato solo una vez más.

Pero el pato sabía que la Muerte volvería, y cada noche, bajo la luna, esperaba su regreso, preguntándose cuál sería el próximo acertijo.

Capítulo 2

Capítulo II

ZORRITO

Había una vez en un bosque encantado, un pequeño zorro llamado Zorrito. Era conocido por su curiosidad y su pelaje de color fuego. Un día, mientras exploraba el bosque, Zorrito encontró un árbol muy peculiar. Este árbol tenía hojas de plata y frutos de oro, y en su tronco había una puerta diminuta. Zorrito, movido por la curiosidad, tocó la puerta tres veces. Para su sorpresa, la puerta se abrió lentamente y de ella salió un duende anciano. El duende miró a Zorrito y le dijo: "Has encontrado el Árbol de los Deseos. Puedes pedir un deseo, pero debes ser sabio al elegir". Zorrito pensó por un momento y luego dijo: "Deseo tener amigos con quienes jugar y compartir aventuras". El duende sonrió y con un chasquido de sus dedos, aparecieron animales de todo el bosque. Había conejos, aves, ciervos y hasta mariposas. Todos se acercaron a Zorrito y juntos comenzaron a jugar y reír. Desde ese día, Zorrito nunca estuvo solo. Aprendió que la amistad era el tesoro más valioso y que, a veces, los deseos más simples son los que traen la mayor felicidad. Y así, Zorrito y sus amigos vivieron muchas aventuras, llenando el bosque de alegría y risas.

Capítulo 3

Capítulo III

La Mujer Sin Rostro

Había una vez un pequeño pueblo enclavado entre montañas y bosques. Sus habitantes eran gente sencilla, pero todos conocían la leyenda de la Mujer Sin Rostro. Se decía que vagaba por los senderos oscuros durante las noches de luna llena, su figura etérea y su piel pálida como la nieve. Pero lo más inquietante era que carecía de rostro: donde deberían estar sus ojos, nariz y boca, solo había una superficie lisa y sin rasgos.

Nadie sabía de dónde venía la Mujer Sin Rostro ni por qué estaba condenada a vagar sin identidad. Algunos decían que era un espíritu vengativo, otros creían que era una víctima de algún antiguo maleficio. Pero todos coincidían en que su presencia era un presagio de desgracia.

Un día, un joven llamado Martín decidió descubrir el misterio detrás de la Mujer Sin Rostro. Se adentró en el bosque, siguiendo los rumores y las huellas de aquellos que habían intentado encontrarla antes. La luna llena brillaba intensamente, iluminando su camino.

Después de horas de búsqueda, Martín la encontró. La Mujer Sin Rostro estaba de pie junto a un arroyo, mirando fijamente el agua. Su vestido blanco se fundía con la niebla, y su silueta parecía flotar en el aire.

—¿Quién eres? —preguntó Martín, temblando de miedo.

La Mujer Sin Rostro no respondió. En cambio, extendió una mano hacia él. Martín sintió una extraña atracción, como si su destino estuviera entrelazado con el de ella.

—¿Por qué no tienes rostro? —insistió Martín.

La Mujer Sin Rostro alzó la mano y tocó su propia piel. Martín vio cómo se formaban rasgos en ella: ojos tristes, una boca suave y una nariz delicada. Pero al mirar más de cerca, se dio cuenta de que esos rasgos no eran los suyos, sino los de su madre, que había muerto cuando él era un niño.

—Soy la memoria de los que han perdido su identidad —susurró la Mujer Sin Rostro—. Soy el reflejo de la soledad y la pérdida. Mi rostro es el de

aquellos que ya no pueden recordar quiénes fueron.

Martín sintió lágrimas en sus ojos. Recordó a su madre, su risa y su amor. Pero también recordó cómo la enfermedad la había consumido hasta que ya no podía reconocerlo.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Martín.

La Mujer Sin Rostro lo miró con tristeza.

—Dame tu recuerdo más preciado —dijo—. Y yo te daré un rostro nuevo, uno que refleje la esperanza y la alegría.

Martín cerró los ojos y pensó en su madre. Recordó su sonrisa, su voz y la forma en que lo abrazaba. Luego, abrió los ojos y vio su propio reflejo en el agua. Su rostro era diferente: ahora tenía los ojos de su madre y la boca de su abuela.

La Mujer Sin Rostro sonrió y desapareció en la niebla. Martín tocó su nuevo rostro y supo que nunca olvidaría quién era ni a quiénes había amado.

Desde entonces, la leyenda de la Mujer Sin Rostro cambió. Ya no era un presagio de desgracia, sino un recordatorio de que todos llevamos los rostros de aquellos que nos amaron y nos dieron forma.

Y así, en las noches de luna llena, la gente del pueblo miraba al cielo y agradecía a la Mujer Sin Rostro por su regalo de memoria y amor.

Capítulo 4

Capítulo IV

La Mujer Sin Rostro

Había una vez un pequeño pueblo enclavado entre montañas y bosques. Sus habitantes eran gente sencilla, pero todos conocían la leyenda de la Mujer Sin Rostro. Se decía que vagaba por los senderos oscuros durante las noches de luna llena, su figura etérea y su piel pálida como la nieve. Pero lo más inquietante era que carecía de rostro: donde deberían estar sus ojos, nariz y boca, solo había una superficie lisa y sin rasgos.

Nadie sabía de dónde venía la Mujer Sin Rostro ni por qué estaba condenada a vagar sin identidad. Algunos decían que era un espíritu vengativo, otros creían que era una víctima de algún antiguo maleficio. Pero todos coincidían en que su presencia era un presagio de desgracia.

Un día, un joven llamado Martín decidió descubrir el misterio detrás de la Mujer Sin Rostro. Se adentró en el bosque, siguiendo los rumores y las huellas de aquellos que habían intentado encontrarla antes. La luna llena brillaba intensamente, iluminando su camino.

Después de horas de búsqueda, Martín la encontró. La Mujer Sin Rostro estaba de pie junto a un arroyo, mirando fijamente el agua. Su vestido blanco se fundía con la niebla, y su silueta parecía flotar en el aire.

—¿Quién eres? —preguntó Martín, temblando de miedo.

La Mujer Sin Rostro no respondió. En cambio, extendió una mano hacia él. Martín sintió una extraña atracción, como si su destino estuviera entrelazado con el de ella.

—¿Por qué no tienes rostro? —insistió Martín.

La Mujer Sin Rostro alzó la mano y tocó su propia piel. Martín vio cómo se formaban rasgos en ella: ojos tristes, una boca suave y una nariz delicada. Pero al mirar más de cerca, se dio cuenta de que esos rasgos no eran los suyos, sino los de su madre, que había muerto cuando él era un niño.

—Soy la memoria de los que han perdido su identidad —susurró la Mujer Sin Rostro—. Soy el reflejo de la soledad y la pérdida. Mi rostro es el de

aquellos que ya no pueden recordar quiénes fueron.

Martín sintió lágrimas en sus ojos. Recordó a su madre, su risa y su amor. Pero también recordó cómo la enfermedad la había consumido hasta que ya no podía reconocerlo.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Martín.

La Mujer Sin Rostro lo miró con tristeza.

—Dame tu recuerdo máspreciado —dijo—. Y yo te daré un rostro nuevo, uno que refleje la esperanza y la alegría.

Martín cerró los ojos y pensó en su madre. Recordó su sonrisa, su voz y la forma en que lo abrazaba. Luego, abrió los ojos y vio su propio reflejo en el agua. Su rostro era diferente: ahora tenía los ojos de su madre y la boca de su abuela.

La Mujer Sin Rostro sonrió y desapareció en la niebla. Martín tocó su nuevo rostro y supo que nunca olvidaría quién era ni a quiénes había amado.

Desde entonces, la leyenda de la Mujer Sin Rostro cambió. Ya no era un presagio de desgracia, sino un recordatorio de que todos llevamos los rostros de aquellos que nos amaron y nos dieron forma.

Y así, en las noches de luna llena, la gente del pueblo miraba al cielo y agradecía a la Mujer Sin Rostro por su regalo de memoria y amor.

Capítulo 5

Capítulo V

El Creador de Sueños

Había una vez un lugar más allá de las estrellas, donde los sueños nacían y se tejían en hilos de luz. Allí vivía El Creador de Sueños, una figura misteriosa con ojos centelleantes y manos que danzaban en el aire como mariposas.

Su morada era un observatorio celestial, lleno de espejos cósmicos y constelaciones vibrantes. Desde allí, observaba a los soñadores en la Tierra y escuchaba sus anhelos y deseos. Pero El Creador de Sueños no solo recogía los sueños; también los moldeaba y les daba vida.

Una noche, mientras la luna brillaba en su plenitud, El Creador de Sueños decidió crear un sueño especial. Tomó un puñado de estrellas fugaces y las mezcló con risas de niños, suspiros de amantes y melodías de pájaros al amanecer. Luego, sopló su aliento de vida sobre la mezcla y la dejó volar hacia la Tierra.

El sueño aterrizó en la mente de un joven llamado Lucas. En él, Lucas caminaba por un bosque encantado, donde los árboles susurraban secretos y las luciérnagas guiaban su camino. Allí, encontró a una criatura alada con ojos de fuego y cabellos de arcoíris. La criatura le dijo: "Soy el guardián de los sueños. ¿Qué deseas?"

Lucas pensó en su abuelo, que había partido hacía poco. "Quiero ver a mi abuelo una última vez", respondió.

La criatura sonrió y lo llevó a través de un portal de estrellas. Allí, Lucas encontró a su abuelo, sentado en una mecedora junto a un río de plata. Hablaron durante horas, recordando viejas historias y compartiendo risas.

Cuando Lucas despertó, tenía lágrimas en los ojos. Sabía que había sido un sueño, pero también sabía que había tocado el alma de su abuelo una vez más.

El Creador de Sueños observaba desde su observatorio. Estaba satisfecho. Los sueños eran su regalo a la humanidad, una ventana a lo imposible y lo eterno. Y aunque nadie conocía su nombre ni su rostro, todos sentían su presencia en las noches estrelladas.

Así, El Creador de Sueños continuó tejiendo hilos de esperanza y fantasía, recordándonos que, incluso en la oscuridad, siempre hay un lugar para los sueños.

Capítulo 6

Capítulo VI

La Muñeca de Cristal

En un rincón oscuro de la antigua juguetería "El Rincón de los Sueños", se encontraba una muñeca de cristal. Su nombre era Seraphina, y su belleza era inigualable. Sus cabellos de hilo dorado caían en ondas perfectas, y sus ojos de cristal azul parecían contener secretos ancestrales.

Seraphina anhelaba ser más que una simple muñeca. Soñaba con explorar el mundo exterior, sentir el viento en su rostro y bailar bajo la lluvia. Pero su dueño, el anciano Sr. Bartholomew, no lo permitía. Había comprado a Seraphina en un viaje a Praga, y desde entonces, la mantenía encerrada en una vitrina de cristal.

El Sr. Bartholomew era un hombre solitario y amargado. Había perdido a su esposa e hijos en la guerra, y Seraphina era su única compañía. Pero en lugar de amarla, la controlaba. La vestía con trajes antiguos y la peinaba con esmero, como si fuera una joya preciosa.

Cada noche, antes de dormir, el Sr. Bartholomew le susurraba a Seraphina:

"Debes permanecer aquí, querida. El mundo es peligroso y cruel. No quiero que te lastimen".

Pero Seraphina anhelaba más. Observaba a través del cristal las luces de la ciudad, escuchaba el murmullo de la gente y soñaba con escapar. Una noche, cuando la luna estaba en su punto más alto, Seraphina decidió actuar.

Con manos de cristal, rompió el vidrio de su vitrina y saltó al suelo. Sus pies de porcelana apenas dejaban huellas mientras corría hacia la puerta. Pero el Sr. Bartholomew la atrapó antes de que pudiera escapar.

"¡No puedes irte!", gritó. "Eres mía".

Seraphina miró sus ojos cansados y sintió lástima. "¿Por qué me controlas, Sr. Bartholomew? ¿Por qué no puedo ser libre?"

El anciano la abrazó con fuerza. "Porque eres mi última conexión con el

pasado. Mi única esperanza de redención”.

Pero Seraphina no podía aceptarlo. Con un último esfuerzo, se liberó y corrió hacia la ventana. Saltó al alféizar y miró al mundo exterior. Las luces de la ciudad parpadeaban como estrellas lejanas.

“Adiós, Sr. Bartholomew”, susurró. “Quizás algún día encuentre mi verdadera libertad”.

Y así, Seraphina saltó al vacío y se desvaneció en la noche. El Sr. Bartholomew la observó desde la ventana, con lágrimas en los ojos. Sabía que había perdido algo más que una muñeca de cristal. Había perdido la oportunidad de dejarla ser ella misma.

Desde entonces, la gente cuenta que, en noches de luna llena, se puede ver a una muñeca de cristal bailando en los tejados de la ciudad. Es Seraphina, libre al fin, explorando el mundo y buscando su lugar en él.

Capítulo 7

Capítulo VII

El Cuento de la Ira y el Rencor

Había una vez un pequeño pueblo en lo profundo del bosque. Sus habitantes vivían en armonía, compartiendo risas y alegrías. Pero en el corazón del bosque, oculto entre las sombras, vivían dos hermanos: Ira y Rencor.

Ira era un hombre de mirada ardiente y puños apretados. Siempre estaba listo para explotar, como un volcán a punto de entrar en erupción. Rencor, en cambio, era más sutil. Su rostro estaba marcado por líneas de desconfianza, y su corazón estaba lleno de recuerdos dolorosos.

Un día, una disputa surgió en el pueblo. Los habitantes discutían sobre la distribución de los recursos. Ira se puso furioso. Gritó, golpeó mesas y acusó a todos de egoístas. Rencor, en silencio, observaba desde la distancia.

La tensión creció. Los habitantes se dividieron en dos bandos: los que apoyaban a Ira y los que seguían a Rencor. El pueblo se sumió en la discordia, y la risa se convirtió en lágrimas.

Una noche, Ira y Rencor se encontraron en el claro del bosque. La luna brillaba sobre ellos, iluminando sus rostros. Ira apretó los puños, y Rencor frunció el ceño.

“¿Por qué siempre estás tan enojado?”, preguntó Rencor.

“Porque la gente es egoísta y mezquina”, respondió Ira. “No merecen nuestra confianza”.

Rencor suspiró. “Pero la ira solo perpetúa el ciclo. ¿No ves? Nuestro pueblo necesita compasión y perdón”.

Ira se burló. “¿Perdón? ¿Para qué? El mundo es cruel”.

Rencor se acercó a él. “La ira solo nos consume. Debemos liberarnos de ella. Perdonar no es debilidad, es liberación”.

Ira miró a su hermano. Por primera vez, vio la tristeza en sus ojos. "¿Qué te pasó, Rencor?"

Rencor bajó la mirada. "Perdí a alguien que amaba. Pero en mi corazón, solo queda espacio para el perdón".

Los hermanos se abrazaron. La ira y el rencor se disolvieron en el aire. Juntos, caminaron de regreso al pueblo.

Allí, los habitantes esperaban. Ira habló: "Debemos perdonarnos mutuamente. Solo así encontraremos la paz".

Y así, el pueblo sanó. La risa regresó, y los corazones se abrieron. Ira y Rencor aprendieron que el perdón era más poderoso que cualquier enojo.

Desde entonces, el pueblo llevó una vida de compasión y entendimiento. Y en el claro del bosque, bajo la luna, los hermanos se encontraban para recordar que, incluso en la oscuridad, siempre hay espacio para el perdón.

Capítulo 8

Capítulo VIII

Las Hermanas del Corazón

Había una vez dos hermanas: Alegría y Tristeza. Eran inseparables, como las dos caras de una moneda. Vivían en una pequeña casa junto al mar, donde las olas susurraban secretos y las gaviotas danzaban en el viento.

Alegría era como un rayo de sol. Su risa llenaba la casa, y su corazón siempre estaba ligero. Le gustaba correr por la playa, recoger conchas y cantar canciones a la luna. Siempre veía el mundo con ojos brillantes y esperanza.

Tristeza, en cambio, era más callada. Su mirada profunda contenía la melancolía de los días grises. Le gustaba sentarse en el acantilado, mirando las olas romper contra las rocas. A veces, lloraba sin razón aparente, como si llevara el peso del mundo en su corazón.

Las hermanas compartían todo. Sus secretos, sus sueños y sus miedos. Pero había algo que las separaba: Alegría quería explorar el mundo, mientras que Tristeza prefería quedarse en casa.

Un día, Alegría encontró una botella en la playa. Dentro, había un mapa que llevaba a un tesoro escondido en una isla lejana. Sus ojos brillaron de emoción, y corrió hacia Tristeza.

“¡Vamos a buscar el tesoro!”, exclamó.

Tristeza miró el mapa con tristeza. “No puedo. Tengo miedo de dejar nuestra casa”.

Alegría la abrazó. “No te preocupes. Iremos juntas. Será una aventura”.

Así, las hermanas zarparon en un pequeño bote. Navegaron por aguas tormentosas y se enfrentaron a criaturas míticas. Alegría cantaba canciones para mantener el ánimo, mientras Tristeza miraba el horizonte con nostalgia.

Finalmente, llegaron a la isla. Siguiendo el mapa, excavaron en la arena hasta encontrar un cofre lleno de joyas y monedas. Alegría reía y bailaba, mientras Tristeza sostenía una perla en sus manos.

“¿Por qué no estás feliz?”, preguntó Alegría.

Tristeza sonrió. "Porque esta perla es como yo. A veces, esconde su belleza en la oscuridad".

Las hermanas regresaron a casa. Alegría tenía su tesoro, pero Tristeza tenía algo más valioso: la comprensión de que la tristeza también puede ser hermosa.

Desde entonces, las hermanas compartieron sus emociones. Alegría aprendió a apreciar los momentos tranquilos, y Tristeza encontró alegría en las pequeñas cosas.

Y así, en su casa junto al mar, las hermanas vivieron en armonía. Porque sabían que, aunque fueran diferentes, su amor las unía como las olas y la arena.

Capítulo 9

Capítulo IX

El Pueblo de las Sombras

En lo más profundo del bosque, rodeado de árboles retorcidos y niebla densa, existía un pequeño pueblo llamado Sombravilla. Sus habitantes vivían en constante temor. Temían a las criaturas de la noche, a las tormentas y a los extraños que se aventuraban por sus calles.

El miedo se había arraigado en sus corazones como maleza en un jardín descuidado. Las risas eran escasas, y las sonrisas, aún más. Los niños crecían con ojos asustados, y los ancianos suspiraban por días más luminosos.

Un día, un hombre llegó a Sombravilla. Su nombre era Valiente, y su presencia era como un rayo de sol en medio de la tormenta. No temía a las sombras ni a los monstruos. Caminaba con paso firme y miraba al horizonte con determinación.

Los habitantes de Sombravilla lo observaron con recelo. "¿Quién es este hombre?", murmuraban. "¿Por qué no tiene miedo?"

Valiente se instaló en la posada del pueblo. Por las noches, se sentaba junto al fuego y contaba historias de héroes y aventuras. Hablaba de dragones vencidos, tesoros encontrados y amores perdidos. Los niños se agrupaban a su alrededor, con los ojos brillantes y las bocas abiertas.

Pero los adultos seguían desconfiando. "¿Qué ganamos con escuchar sus cuentos?", decían. "La realidad es oscura y peligrosa".

Valiente sonreía. "La realidad es lo que hacemos de ella", respondía. "El miedo solo nos debilita. La verdadera fortaleza está en enfrentar nuestros temores".

Un día, una tormenta feroz azotó Sombravilla. Los techos crujían, y los árboles se doblaban bajo el viento. Los habitantes se refugiaron en sus casas, temblando de miedo.

Pero Valiente salió a la calle. Se enfrentó al viento y al granizo con los brazos abiertos. "¡No teman!", gritó. "La tormenta pasará. Somos más fuertes de lo que creemos".

Los habitantes lo miraron desde las ventanas. Algunos se atrevieron a salir. Juntos, construyeron refugios improvisados y ayudaron a los más vulnerables. La tormenta rugió, pero no pudo derribarlos.

Desde entonces, Valiente se convirtió en el líder de Sombravilla. Enseñó a los habitantes a enfrentar sus miedos, a mirar a los ojos de la oscuridad y a encontrar la luz en su interior. Las risas regresaron, y las sonrisas se multiplicaron.

Y así, el pueblo de las sombras se transformó en un lugar de esperanza y coraje. Los niños crecieron con ojos valientes, y los ancianos suspiraron por días llenos de vida.

Dicen que Valiente nunca envejeció. Siguió caminando por el mundo, mostrando a otros la fortaleza que llevaban dentro. Y en Sombravilla, su legado perduró como un faro en la noche.

Capítulo 10

Capítulo X

Los Guardianes del Corazón

En un rincón olvidado del mundo, existía un lugar mágico llamado Valle de los Sentimientos. Allí, los sentimientos tomaban forma y se convertían en seres vivos. Cada uno tenía su propósito y su poder único.

En el corazón del valle, vivían tres guardianes: Coraje, Esperanza y Amor. Eran hermanos, inseparables desde su nacimiento. Juntos, protegían los corazones de los habitantes del valle.

Coraje era un guerrero valiente y fuerte. Su armadura brillaba como el sol, y su espada cortaba a través de las sombras. Cuando alguien enfrentaba el miedo o la adversidad, Coraje estaba allí para darle fuerzas.

Esperanza era una doncella de cabellos dorados. Siempre llevaba una antorcha encendida, incluso en las noches más oscuras. Cuando alguien perdía la fe o se sentía perdido, Esperanza le mostraba el camino hacia la luz.

Amor era un anciano sabio con ojos gentiles. Su bastón estaba hecho de ramas entrelazadas, y su sonrisa era como un abrazo cálido. Cuando alguien se sentía solo o herido, Amor lo rodeaba con su ternura y compasión.

Un día, una gran tormenta amenazó con destruir el Valle de los Sentimientos. Las emociones se agitaron, y los corazones temblaron. Los guardianes se reunieron en el centro del valle.

“¿Qué haremos?”, preguntó Esperanza, con lágrimas en los ojos.

Coraje apretó los puños. “Lucharemos hasta el final”.

Pero Amor negó con la cabeza. “No podemos luchar contra la naturaleza. Debemos encontrar la fortaleza en nuestro interior”.

Los tres se separaron. Coraje enfrentó la tormenta con su espada. Esperanza encendió su antorcha y guió a los habitantes hacia refugios seguros. Y Amor abrazó a los corazones rotos, recordándoles que no estaban solos.

La tormenta rugió, pero los guardianes no se rindieron. Juntos, protegieron el valle y a sus habitantes. Cuando la última nube se disipó, los corazones brillaron con gratitud.

Desde entonces, los guardianes siguieron su tarea. Coraje enseñaba a enfrentar los miedos. Esperanza mostraba el camino hacia la luz. Y Amor recordaba que, incluso en la tormenta, siempre hay espacio para el amor y la compasión.

Y así, el Valle de los Sentimientos floreció. Los habitantes aprendieron que la verdadera fortaleza no estaba en la espada o la antorcha, sino en el corazón.

Espero que esta historia te haya inspirado a encontrar la fortaleza en tus propios sentimientos.

Capítulo 11

Capítulo XI

La Moneda Perdida

En un pequeño pueblo llamado Trébol de Plata, vivía un anciano llamado Sebastián. Era un hombre tranquilo, con arrugas profundas y ojos cansados. Su vida había estado llena de altibajos, pero siempre había mantenido una sonrisa en su rostro.

Un día, mientras paseaba por el parque, Sebastián encontró una moneda en el suelo. Era una moneda antigua, con inscripciones en un idioma que ya no se hablaba. La sostuvo en su mano y sintió una extraña conexión con ella.

“¿Qué historia escondes, pequeña moneda?”, murmuró.

La moneda pareció brillar por un instante. Sebastián decidió llevarla a casa y guardarla en una caja junto a otras reliquias de su pasado. Pero esa noche, algo extraño sucedió.

Cuando Sebastián se acostó en su cama, la moneda comenzó a brillar con una luz tenue. De repente, se escuchó una voz suave:

“Sebastián, soy la Moneda Perdida. Durante siglos, he viajado de mano en mano, presenciando historias de amor, traición y esperanza. Pero ahora estoy atrapada en este mundo, buscando a alguien que me libere”.

Sebastián se sobresaltó. “¿Quién eres?”

“Un espíritu antiguo”, respondió la voz. “Tengo el poder de conceder un deseo a quien me libere. Pero solo uno”.

Sebastián pensó en su vida. Había perdido a su esposa, había visto a sus hijos crecer y marcharse, y había enfrentado la soledad. Pero aún tenía un deseo en su corazón.

“Quiero volver a ver a mi esposa”, dijo con voz firme.

La moneda brilló intensamente y se desvaneció en el aire. Al día siguiente, Sebastián despertó en una habitación desconocida. Su esposa estaba allí, sonriéndole.

“¿Es esto un sueño?”, preguntó.

“No”, respondió ella. “Es un regalo. Has liberado a la Moneda Perdida, y ella ha cumplido tu deseo”.

Sebastián pasó sus últimos días junto a su esposa. Recordaron viejas historias, rieron y lloraron. Cuando llegó su hora, ella lo abrazó y susurró:

“Gracias por liberarme, querido. Ahora, sé feliz”.

Y así, Sebastián cerró los ojos y se unió a su amada en la eternidad.

Dicen que la Moneda Perdida sigue viajando de mano en mano, esperando encontrar a alguien que la libere. Porque, a veces, las monedas no solo tienen valor material, sino también el poder de cambiar destinos.

Capítulo 12

Capitulo XII

La Mujer Sin Nombre

En un rincón olvidado de la ciudad, entre callejones estrechos y edificios en ruinas, vivía una mujer sin nombre. Nadie sabía de dónde venía ni cuál era su historia. Su rostro estaba marcado por las cicatrices del tiempo, y sus ojos eran como ventanas a un pasado doloroso.

La mujer sin nombre caminaba por las calles con paso lento pero firme. Siempre vestía de negro, como si el luto fuera su compañero constante. Los habitantes del barrio la miraban con curiosidad y temor. Algunos decían que era una bruja, otros que era una víctima de la vida.

Pero nadie sabía la verdad.

Una noche, mientras la luna brillaba en lo alto, la mujer sin nombre se detuvo frente a una antigua librería. Las luces parpadeaban, y el escaparate estaba lleno de libros polvorientos. La mujer entró y se acercó al mostrador.

El anciano librero la miró con ojos cansados. "¿En qué puedo ayudarte, señora?"

La mujer sin nombre extendió una mano temblorosa. En ella sostenía un libro antiguo, con páginas amarillentas y letras desgastadas. El título estaba escrito en un idioma desconocido.

"Este libro", susurró. "Necesito saber su historia".

El librero frunció el ceño. "Es un libro maldito. Trae desgracia a quien lo lee".

Pero la mujer sin nombre no se inmutó. Abrió el libro y comenzó a leer en voz baja. Las palabras resonaron en la tienda, como un eco de otro mundo. El anciano librero se estremeció.

"¿Quién eres?", preguntó.

La mujer sin nombre levantó la mirada. "Soy la guardiana de las historias

olvidadas. He vivido siglos, buscando respuestas y redención”.

El anciano la observó con asombro. “¿Por qué buscas este libro?”

“Porque contiene la clave para mi nombre perdido”, respondió ella. “He vagado sin identidad, sin pasado. Pero este libro puede revelar la verdad”.

El librero le entregó una lupa. “Lee las inscripciones en la primera página. Quizás encuentres lo que buscas”.

La mujer sin nombre examinó las letras diminutas. Poco a poco, la verdad se reveló ante sus ojos. Su nombre estaba allí, escrito en tinta dorada.

“Evelyn”, susurró.

El anciano sonrió. “Ahora tienes un nombre. ¿Qué harás con él?”

Evelyn miró a su alrededor. “Seguiré buscando historias olvidadas. Porque todos merecen ser recordados”.

Y así, la mujer sin nombre se convirtió en Evelyn, la guardiana de las historias. Caminó por el mundo, rescatando memorias y devolviendo identidades perdidas. Porque, a veces, un nombre es más poderoso que cualquier hechizo o maldición.

Capítulo 13

Capítulo XVIII

El Candado Oxidado

En un rincón olvidado de la ciudad, en un callejón estrecho y oscuro, había una puerta de madera que nadie se atrevía a abrir. La gente decía que estaba maldita, que quien cruzara su umbral nunca volvería a ser el mismo.

Pero un día, un niño llamado Lucas encontró una llave oxidada en el suelo. Era una llave pequeña, con inscripciones en un idioma antiguo. Lucas sintió una extraña conexión con ella y decidió probarla en la puerta.

La llave encajó perfectamente en la cerradura. La puerta se abrió lentamente, como si estuviera despertando de un largo sueño. Lucas cruzó el umbral y se encontró en un mundo diferente.

El aire olía a tierra y humedad. Árboles retorcidos se alzaban hacia el cielo, y el suelo estaba cubierto de hojas secas. En el centro del claro, había un candado gigante, oxidado por el tiempo y la intemperie.

Lucas se acercó al candado. Parecía estar sellando algo, pero ¿qué? La llave en su mano temblaba, como si también sintiera la antigua magia que rodeaba aquel lugar.

“¿Quién eres?”, preguntó una voz suave.

Lucas se giró y vio a una figura encapuchada. Sus ojos brillaban como estrellas en la noche.

“Soy Elara, la guardiana del candado”, dijo la figura. “Este candado protege un secreto ancestral. Solo aquellos con el corazón puro pueden abrirlo”.

Lucas miró la llave en su mano. “¿Qué hay detrás del candado?”

“La memoria de los sueños olvidados”, respondió Elara. “Los anhelos, las esperanzas y los miedos de quienes cruzaron esta puerta antes que tú”.

Lucas pensó en su vida. Había perdido a sus padres, había enfrentado la

soledad y había soñado con aventuras más allá de su pequeño mundo.

“Quiero abrir el candado”, dijo con determinación.

Elara sonrió. “Entonces, pon la llave en la cerradura y gira con cuidado”.

Lucas siguió las instrucciones. El candado se abrió con un chirrido. Una luz brillante salió de su interior, envolviendo a Lucas. Vio imágenes de vidas pasadas, de amores perdidos y de momentos de valentía.

Cuando la luz se desvaneció, Lucas se encontró de nuevo en el callejón. La puerta había desaparecido, y la llave estaba en su mano.

Desde entonces, Lucas vivió su vida con más intensidad. Recordaba los sueños olvidados y buscaba la magia en cada rincón. Y cuando miraba la llave oxidada, sabía que había descubierto el secreto del candado: el poder de recordar y de soñar.